



LA MUERTE Y LA ESPERANZA CRISTIANA

FORMACIÓN

CRISTIANA



1. INTRODUCCIÓN

La situación actual De la noche al día la Covid-19 nos ha situado delante de una realidad inesperada y ha dejado nuestra sensibilidad a flor de piel. ¡Cuántas muertes! ¡Y cuántas muertes en soledad y sin despedida!

El matrimonio responsable de preparar el tema explica por qué ha elegido este tema.

2. ORACIÓN

Ven, Espíritu Santo,
llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos el fuego de tu amor.

V./ Envía tu Espíritu y todo será creado.

R./ Y repuebla la faz de la tierra.

Oremos:

Oh Dios, que has iluminado los
corazones de tus hijos con la luz
del Espíritu Santo;
haznos dóciles a sus inspiraciones,
para gustar siempre el bien
y gozar de su consuelo.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

Lectura del Evangelio Jn 11,1-27

3. IDEARIO

- **Lectura de un párrafo del Ideario.**

Hacemos un breve comentario para su comprensión y asimilación.

En cada reunión se leerá un párrafo elegido de forma consecutiva con el objeto de ir conformando paulatinamente el conocimiento del mismo.

“No se ama lo que no se conoce”

4. LA MUERTE Y LA ESPERANZA CRISTIANA

La muerte

La muerte se nos impone. Y esto provoca una situación de angustia de la que, el hombre por sí solo, no puede liberarse. Todos los intentos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, no son capaces de calmar esta angustia del hombre. (LG 18). Como decía un niño de 6 años a su abuelo: Abuelo, ¿por qué vivimos si tenemos que morir? La respuesta desde la fe es simple: la

realidad inexorable de la muerte nos recuerda que la vida no es nuestra. La vida es un don de Dios para que lo conozcamos a Él y en Él vivamos con plenitud nuestras relaciones de amor. Esta respuesta nos hace vivir de cara a Dios y en comunicación con nuestros seres queridos, aunque hayan muerto. Algunos santos, como Santa Teresa de Lisieux, antes de morir, consolaban a sus personas queridas con su deseo de continuar haciendo el bien desde el cielo.

El duelo

A pesar de esta esperanza, la muerte de un hijo, de la pareja, de un padre, de un abuelo, de un amigo íntimo... provoca una sacudida de sufrimiento profundo que, de hecho, no desaparece nunca. Es una aflicción que rompe a la persona y provoca a menudo un llanto difícil de contener. Es, en definitiva, el duelo. Jesús mismo se conmovió y se puso a llorar por la muerte de un amigo (Jn 11,33-35). Todas las culturas tienen rituales colectivos para ayudar a paliar el duelo de una persona afligida por la muerte de un ser querido. La Iglesia acoge con amor este dolor desde el evangelio de la vida que está en el centro del mensaje de Jesús y lo anuncia a los hombres de todas las épocas y culturas (EV 1). Es en los momentos posteriores al sepelio cuando resulta más necesario y eficaz acompañar el duelo de las personas queridas. Pero, en general el duelo puede durar bastante tiempo y para acompañar este proceso es necesario adaptarse a las necesidades de cada una de las etapas. Todo el proceso está lleno de preguntas sobre las causas de la muerte, sobre lo que se podría haber hecho, sobre lo que vive la persona en el momento previo a la muerte. El duelo suele pasar por alguna de estas fases: negación en los primeros momentos, rabia contra posibles responsables –entre ellos, ¡Dios mismo! –, depresión... El Papa Francisco nos dice “con un camino paciente y de oración, vuelve la paz. En algún momento del duelo es necesario ayudar a descubrir que los que hemos perdido un ser querido tenemos aún una misión que cumplir y que no nos hace bien querer alargar el sufrimiento como si fuera un homenaje. La persona querida no necesita nuestro sufrimiento ni le resulta halagador que arruinemos nuestras vidas. Ciertamente, hemos perdido su presencia física, pero si la muerte es potente, «el amor es fuerte como la muerte» (Ct 8,6). El amor tiene una intuición que le permite escuchar sin sonidos y ver en lo invisible. Esto no es imaginar al ser querido tal como era, sino poder aceptarlo transformado, como es ahora. Cuando María quiso abrazar a Jesús resucitado, él le pidió que no lo tocara (Jn 20,17) para llevarla a un encuentro diferente” (AL 255).

La esperanza cristiana

No podemos dejar de ofrecer la luz de la fe para acompañar a las familias que sufren en estos momentos. Nos consuela saber por la fe que Cristo nunca nos abandonará y participaremos de su resurrección.

a) La compañía en silencio

Abrázame y no digas nada, ¡que lo estropearás!, fue la expresión de una viuda reciente cuando un sacerdote amigo la fue a ver al tanatorio. De entrada, pues, es necesario empezar por hacer compañía en silencio dispuestos a escuchar más que hablar. No obstante, los cristianos tenemos una respuesta que puede orientar nuestro duelo y llenar nuestro sufrimiento de esperanza. No por tener esperanza el dolor es menos intenso. Le puede dar, sin embargo, un sentido: la muerte no tiene la última palabra, es un tránsito a un nuevo estado y a una nueva vida definitiva con Dios.

b) La revelación La revelación bíblica en el Nuevo Testamento nos ofrece numerosas citas sobre la continuidad de la vida después de la muerte. Jesús le dice a la hermana de Lázaro: Los que creen en mí, aunque mueran, vivirán, y todos los que viven y creen en mí, no morirán nunca más (Jn 11,25). En el primer escrito del NT se dice: Hermanos, queremos que sepáis qué será de los que han muerto, para que no os entristezcáis como harán los otros, los que no tienen esperanza. Tal como creemos que Jesús murió y resucitó, también creemos que Dios se llevará con Jesús los que han muerto en él. (1 Tes 4,13-14).

c) La Patrística El amor de los primeros cristianos fue enseguida, como el de Jesucristo, un amor probado por la persecución y el martirio. Del día de su traspaso decían “natalicio”. Uno de los primeros mártires, San Ignacio de Antioquía, detenido en Siria y conducido a Roma, escribe algunas vibrantes cartas durante su viaje en las que expresa su deseo profundo de alcanzar a Dios y habla del día de su martirio como del día de su alumbramiento: Me es bueno morir hacia Cristo Jesús, más que no reinar sobre los confines de la tierra. Busco aquel que murió por nosotros, quiero aquel que por nosotros resucitó. Se me acerca el alumbramiento. No me impidáis empezar a vivir. ¡Dejadme alcanzar la luz pura! Una vez allí, seré hombre (Rom 5,1).

d) El magisterio Y el magisterio de la Iglesia es igualmente claro: mientras toda imaginación fracasa delante de la muerte, la Iglesia (...) afirma que el hombre ha sido creado por Dios en vista a un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria de este mundo. La fe cristiana enseña que la muerte corporal (...) será vencida cuando el Salvador omnipotente y misericordioso, restituirá el hombre en el estado de salvación, perdida por el pecado. (...) La fe nos da la posibilidad de estar en Cristo, en comunión con nuestros queridos hermanos arrebatados por la

muerte. (LG 18).

Conclusión

La semilla de eternidad que llevamos dentro, irreductible a la sola materia, se revela contra la muerte, un hecho seguro que nos sucederá a todos y que provoca un dolor agudo. Es necesario, como cristianos, acompañar a las personas de luto en todo momento y manifestarles nuestra solidaridad. Pero es necesario también que mientras estamos vivos, sabiendo el camino ineluctable de la muerte, seamos conscientes que ésta no tiene la última palabra. Por ello no tenemos que evitar hablar, la tenemos que tener presente y nos tenemos que preparar con confianza. «Si aceptamos la muerte podemos prepararnos para ella. El camino es crecer en el amor. Cuanto mejor vivamos en esta vida, más felicidad podremos compartir con los seres queridos en el cielo. Cuanto más consigamos madurar y crecer más cosas bonitas podremos llevarlas al banquete celestial» (AL 258).

*Secretariado Diocesano de Pastoral Familiar Nº 147
Arzobispado de Barcelona noviembre 2020*

Bibliografía

**Nota de los obispos El amor cuida la vida, Jornada por la Vida, febrero 2019*

**Acompañando en la Pérdida (Alfons Gea)*

**El Nen i la Mort /Acompanyar els infants i els adolescents en la pèrdua d'una persona estimada (Montse Esquerda i Anna Maria Agustí)*

** La Humanización del Duelo/La Experiencia de Ca n'Eva (Carme Serret i Josep M, Asensio).*

5. PUESTA EN COMÚN Y DIÁLOGO

- ¿Cómo he vivido la muerte de alguna persona querida?
- ¿Cómo puedo acompañar a alguien que ha perdido alguna persona querida?
- ¿Rezo para que Dios me conceda las fuerzas necesarias para afrontar todo lo que la vida me pueda traer o más bien rezo para que “todo me vaya bien”?

Notas:

Notas:

6. FINALIZAMOS LA REUNIÓN

1. Oración a M^a Auxiliadora

Ave María.

María Auxiliadora de los Cristianos. Ruega por nosotros.

7. FECHA PROXÍMA REUNIÓN Y LUGAR DE CELEBRACIÓN